

La raza y la mujer

Eroisis Gonzales Suárez
Activista cívica
La Habana, Cuba



El racismo está enraizado en nuestro orden social desde la colonia. Hay algo más: es aceptado por quienes son juzgados, excluidos y marginados por esta actitud. Los negros no solo son obligados a aceptar que a los ojos de la minoría blanca no son iguales para desempeñarse en diversos órdenes, sino que son también inferiores. Así se crea un efecto negativo de esta práctica racista. Los negros se sienten dependientes, de una forma u otra, respecto de la gente blanca que es admirada y, por otra parte, envidiada.

Es verdad que usualmente los blancos tienen más recursos que los negros y por lo general hacen mejor uso de su nivel educacional o cultura específica. También encarnan los modelos europeos y americanos que cotidianamente se muestran en los medios masivos de comunicación, que son irresistibles para los excluidos. En nuestra sociedad los afrodescendientes siempre son asociados al crimen, a la perversión y el desorden. La situación de marginalidad extrema condena a altos niveles de alcoholismo y violencia, lo cual se utiliza

como justificación para que el Estado aplique políticas de control y violencia.

Y para poder comprender lo que ha estado pasando psicológicamente con el tratamiento del tema de las personas de piel negra en Cuba, es ineludible una pequeña reseña. Los negros traídos a nuestro continente en contra de su voluntad, siempre vivieron con rabia impotente, agredidos y maltratados. Fueron forzados a dejar su vida, su familia, sus tierras y hasta sus costumbres étnicas y sus creencias religiosas. Por si fuera poco, se les trató como bestias, imponiéndoles una forma de vida totalmente inhumana. Los negros esclavos se vieron obligados a inhibir sus sentimientos y deseos más elementales, vivir en constante disimulo y así este importante factor de aculturación operó en el trance doloroso de la transculturación.

El prejuicio racial, dadas las realidades históricas a las que se enfrentaron hombres y mujeres de diversos orígenes y razas, en desigualdad de condiciones y roles sociales, va a impactar poderosamente en cómo se repre-

senta al negro, en especial a la mujer negra, en cualquier medio social. El contexto y la imagen desarrollada históricamente son de exclusión, sin verdadera visión de la problemática. Esto se manifiesta con particular agudeza en el caso específico de la mujer cubana negra, que no solo ha tenido que sufrir en carne propia el racismo, como una forma histórica de pensamiento a nivel social, sino que también lo ha visto manifestado en las relaciones privadas, en la filosofía de la vida y hasta en la concepción de nuestra propia cultura. No son pocos los retos y desafíos que ha tenido que enfrentar la mujer negra cubana, entre ellos el machismo y la discriminación por raza y orientación sexual.

La mujer negra ha tenido que enfrentarse a una sociedad machista y patriarcal, que la obligó a jugar un rol de marginalidad y exclusión. El paisaje se muestra desolador. Las situaciones son tan difíciles que van, por lo general, de recibir los peores salarios, trabajar en los lugares de menor productividad y poseer la más alta tasa de desempleo, hasta ostentar los niveles educacionales más bajos. Si logran algún nivel, apenas alcanzan representación en la dirigencia política. Viven amenazadas por la violencia de género, al ser percibidas como las reinas del placer sexual, la fiesta y la obligación doméstica.

Muchas de las desigualdades son resultado de una herencia estructural no superada y otras se reproducen y generan en las condiciones de crisis y reformas económicas. La problemática ha desembocado, en otro sentido, en la ausencia de análisis sobre cómo el racismo y machismo han incidido en su desastrosa situación. Por lo general, cuando se habla de mujer, se trata de la mujer blanca: cuando se aborda el tema racial, se refiere a los hombres.

Las afrodescendientes buscan, no obstante, una transformación social. La solución no es fácil por la tendencia de la feminidad negra,

muy arraigada en la idiosincrasia de la mujer cubana, a reproducir los roles heredados. Es necesaria una reconstrucción de la mujer negra reescenificada positivamente frente a la práctica política racista y con valoración de sus aportes a una historia que las ha invisibilizado. Es importante también que se les reconozcan otros valores no racializados, que permitan forjar la solidaridad política para convertirlas en sujetos capaces de transformaciones sociales desde su propia visión.

La mujer negra ha sido una categoría diversa, que comprende cuestiones de clase, raza y hasta de migración. Ha estado alejada, sin embargo, de connotaciones esencialistas, que son importantes para entender su biografía, su rol e itinerario. Esto ha planteado un desafío a la lucha antirracista y cuestiona de fondo la categoría mujer negra como unitaria. Las afrodescendientes cubanas deben empezar a asumir una identidad bajo la denominación primero de “negras” y luego afrodescendientes. Asumirse mujer negra debe ser prioridad en la lucha contra los embates del racismo y sus efectos sobre las mujeres: la cuestión de su propia estética es fundamental en esta asunción de identidad.

La negritud en la mujer ha sido homogenizada. Se creó un sujeto de “mujer negra” indiferenciado, según el contexto histórico, con el color de la piel como indicador relevante, que si bien ha sido un color político (en el sentido que también parte de una construcción social y política, racializada y por tanto desvalorada) es en sí mismo una clasificación biológica esencialista y requiere ser deconstruida.

Negra es solo una identidad inicial como expresión de autoestima. La condición afrodescendiente es la fase siguiente en el combate político. La propia sociedad tiene que desvelar el racismo hacia la mujer negra, porque ese racismo constituye un gran obstáculo en la superación de nuestros problemas sociales.